

El saber de la historia en la posmodernidad y su lugar en la universidad

The historic knowledge in the post-modernity and its place in the university

COLCIENCIAS TIPO 2. ARTÍCULO DE REFLEXIÓN

RECIBIDO: FEBRERO 28, 2013; ACEPTADO: MARZO 31, 2013

Idebrando Arévalo Osorio
brando240258@hotmail.com

Universidad Santiago de Cali, Colombia

El historiador es un crítico del presente y a esa labor es que se debe

Resumen

En el artículo el autor reflexiona sobre la relación Historia – Universidad, diferencia las elaboraciones de los conceptos clave de la argumentación y la discusión del papel que a la Historia le asigna la Posmodernidad, la relación de ellos en el tiempo presente y el papel de la Historia en la Universidad.

Palabras Clave

Historia; Posmodernidad; Universidad; tiempo presente; narración; disciplina.

Abstract

In this article, the author reflects about the relationship History- University, differentiates the productions of the key concepts of argument and the discussion of the role that the post modernity gives to History, the relationship among them at the present time and the role of History in the university.

Keywords

History; post modernity; university; present time; narration; discipline.

I. INTRODUCCIÓN

En Colombia, país empujado por su élite y su gobierno a firmar un Tratado de Libre Comercio [TLC] para articularlo estrechamente en ese localismo norteamericano mundializado denominado globalización, las discusiones por las preguntas fundamentales de la historia del tiempo presente, quién, qué, cómo, para qué, cuándo y dónde, tienden a ser resueltas de manera pragmática. Esto, siguiendo las visiones de quienes pregonan que cualquier país, colectivo o empresa que quiera alcanzar el éxito y un merecido lugar bajo el sol, debe convertirse en un *global player*, lógica que esboza una ruptura con el pasado, ya que éste, pareciera no contar porque en apariencia las oportunidades que construye el mismo presente serían idénticas para todos (Fazio, 2004).

Se ubica la discusión historiográfica en el terreno de los empleos de la historia a partir de la definición elaborada por los teóricos de la postmodernidad, la recuperación del monopolio de la narración ante el supuesto fracaso de su conversión en disciplina. Sin embargo, la disyunción planteada es falsa, la historia es narración y disciplina, aunque estos dos planos del trabajo se encuentren en constante tensión. A una flexible y rigurosa formalización disciplinar de sus operaciones teóricas y metodológicas, al historiador se le exige la presentación de sus resultados en forma narrativa y estética.

II. LA HISTORIA

Es conocida la pretensión, entre el gremio de los historiadores, desde mediados del siglo XIX, de convertir la historia en una disciplina académica. Dar ese paso significó su redefinición con relación a su pasado y su presente. Lo que hasta ese momento había sido y lo que pretendía ser. Antes del siglo XIX, la ciencia y la utilidad no eran los criterios con los que se valoraban los ejercicios de las bellas artes, la pretensión de los historiadores era mantener vivo el recuerdo del pasado. La Historia-testimonio, una narración que le asignaba al historiador la tarea de recoger documentos escritos y convertirlos en testimonios. La particular relación del historiador con la realidad, era que él no estaba obligado a observarla o construirla, sino a investigarla y atestiguarla (Le Goff, 1995). *Para que ni los hechos de los hombres en el tiempo queden olvidados, ni las grandes y maravillosas hazañas realizadas así por los griegos como por los bárbaros queden sin gloria*, dijo Heródoto de Halicarnaso (Perez de Ledezma, 2004).

Copérnico al fundar la ciencia moderna en el siglo XVI, introdujo una escisión entre el conocimiento sensorial y el abstracto, entre la valoración estética y racional de la realidad. Leopoldo Von Ranke a mediados del siglo XIX, racionalizó los procedimientos del historiador con las reglas del método positivista: el rechazo a fundamentar las investigaciones en una filosofía de la historia, entendida como *especulaciones generales y un tanto vagas sobre esquemas y significados de los acontecimientos históricos* (Mitre, 1997, p.19) o en la pretensión de descubrir leyes universales en el comportamiento de la sociedad, en la especificidad del oficio y su objeto de estudio, que definió como el análisis de la relación de la sociedad con la temporalidad y el impacto del tiempo en el hombre como ser social, en sus variables pasado, presente y futuro. Además, Ranke diseñó el método histórico-filológico para seleccionar críticamente la documentación utilizada y reconstruir los hechos sociales a través del análisis en el cual fueron escritas las fuentes para demostrar cómo realmente fueron las cosas.

Immanuel Wallerstein (1996) dice que a partir de Ranke, Niebuhr y Droysen, los historiadores afirmaron su relación con un tipo especial de materiales fuentes documentales y textos similares. Insistieron en que lo que les interesaba es reconstruir la realidad pasada, relacionándola con las necesidades culturales del presente, en forma interpretativa y hermenéutica, insistiendo en estudiar los fenómenos, incluso los más complejos, como culturas o naciones enteras, como individualidades y momentos (o partes) de contextos diacrónicos o sincrónicos.

Sin embargo, a comienzos del siglo XX, en Francia, Emilio Durkheim les recordaba a los historiadores desde el positivismo, que lo que caracterizaba a las verdaderas ciencias era la capacidad de elaborar modelos y leyes. Los historiadores quedaban obligados a elegir en una encrucijada, en la cual, independiente del camino optado, saldrían perdedores. Si elegían la elaboración de leyes a partir de la búsqueda de regularidades en los hechos sociales, destruían la especificidad del conocimiento histórico y transformaban a la historia en una rama de la sociología. Y si pretendían defender la especificidad de la historia, una disciplina de la narración, aceptaban la supeditación de esta historia como arte a la verdadera *historia científica*, cultivada por los sociólogos (Perez de Ledezma, 2004).

La respuesta de los historiadores fue contundente. La

renuncia al método y a la trampa positivista y la polémica en contra de sus argumentos. Es el historiador quien crea los hechos, fabricándolos mediante hipótesis y conjeturas, el pasado por sí mismo no es relevante, lo es por los problemas que a través de él, se pretenden resolver. Los documentos, sin problemas, hipótesis y teorías no pueden darle sentido a la realidad. March Bloch y Lucien Febvre fundan la revista *Annales de Historia Económica y Social* con la pretensión de construir una historia plural de la integridad multidimensional del hombre, donde el objeto de la historia es el hombre, o mejor aún, los hombres. Se inicia la historia–problema, interdisciplinar.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Fernando Braudel continuó desarrollando los presupuestos iniciales de *Annales* e introduciendo nuevos. La Historia debería reconstruir los ámbitos económicos, sociales y culturales del hombre, la Historia sin fronteras, total. Uno de los elementos novedosos para alcanzar este fin fue el concepto de civilización, en el cual era posible sintetizar elementos ambientales, relaciones interpersonales y sociales, modos de organizar la producción material, intercambios intelectuales, maneras colectivas de sentir. Para Braudel la civilización es la síntesis de fenómenos de una larga génesis y lenta duración. Elementos constitutivos de ella son las constricciones ambientales, las jerarquías sociales, las mentalidades colectivas, las necesidades sociales. Fuerzas profundas, en general antiguas de muy larga duración, permanencias, elementos inconscientes para la gran masa de los hombres. En una palabra, estructuras (Macry, 1997).

Las respuestas que construía la historia en su autodefinición en el siglo XX fueron jalonadas por el estructuralismo francés, reforzadas por el funcionalismo anglosajón, el rechazo a los acontecimientos políticos y el privilegio a los determinismos económicos y sociales de la historia cuantitativa francesa; el florecimiento de la *Historia de las mentalidades* y la *New economic history* norteamericana. Entre estructuras y cifras, los individuos de carne y hueso se fueron diluyendo en abstracciones, determinismos económicos, sociales y apoliticismo. Por dentro y fuera de las escuelas oficiales, el marxismo en sus diferentes versiones discutió, alimentó y se retroalimentó de las problemáticas de la historia desde sus postulados de interpretar la realidad para transformarla y la contribución de un futuro mejor.

Como reacción a estas maneras de hacer historia, corrientes historiográficas han recobrado la historia narración, la historia relato, que explica la actividad de los

personajes históricos, como hechos lingüísticos, más allá de contradicciones sociales, diferencias económicas, culturales, religiosas u opresivas, pues se le refuta a la historiografía la elaboración de marcos teóricos propios y en muchos casos ha marcado una distancia con la literatura, cuando es el lenguaje el que ha hecho posible su producción (Aurrell, 2005).

En la actualidad está planteado el debate entre los seguidores del denominado *giro lingüístico*, que consideran el retorno al sujeto y a la narrativa como una renovación de la historiografía, y aquellos quienes consideran que es solo una moda posmodernista, especie de vorágine expansiva de la lingüística y de la antropología, que ha desvirtuado el valor de la disciplina y su carácter racionalista. En esta última posición, los críticos de estas nuevas corrientes, además, están convencidos de que *las ciencias de la sociedad, la historiografía entre ellas, están por encontrar el punto “galileano” de su imagen del mundo, que no podrá ser geométrico pero al que no le bastara tampoco ser poético* (Acevedo, 2003, p.2).

Hoy la historia, en su desarrollo epistemológico, propone comprender y explicar al hombre en su entorno social, en un mundo que se transforma y globaliza, donde los hombres siguen siendo sujetos locales afectados, por un lado, por localidades globalizadas y globalizaciones localizadas, lógicas racionalizadoras y cuantitativas; por otro, por valores y cotidianidades, solo comprendidas con análisis cualitativos. La historia comprende esta disyunción como un fenómeno superable en la misma construcción del análisis y la presentación de sus resultados, pues la investigación histórica demanda la rigurosidad en la construcción de su objeto de investigación que exige tanto la perspectiva teórica, como las formas conceptuales y artesanales, lo cual se enlaza en *torno a un problema previamente construido, y en el que sus exigencias de método no pueden ser resueltas ni por el recurso a una “teoría” y “filosofía” de la historia, ni por el recurso a la simple crítica documental de tipo forense* (Silva, 2003, p.44).

III. LA POSTMODERNIDAD

La disciplina histórica comprende la modernidad como la confluencia de tres procesos diacrónicos entre los siglos XVI y XX. Primero, una revolución económica, el establecimiento del capitalismo con su capacidad de crecimiento constante, capaz de sostener el crecimiento continuo de la población, de usar la tecnología y el conocimiento científico, crear industria fabril, el surgimiento de una economía basada en el mercado de

trabajo asalariado, en la propiedad privada de la tierra y los recursos productivos. Segundo, una revolución política, la configuración de un Estado nacional con pretensiones de soberanía, una teoría política demo capitalista basada en la voluntad del pueblo. Y en tercer lugar, una revolución cultural, el desplazamiento de las formas de comunicación social en donde la iglesia y la familia ceden su papel en la transmisión de la tradición a un sistema formal de educación, inicialmente, y luego, a una industria cultural de producción de libros, con los cuales se inicia la preponderancia de la comunicación escrita como elemento fundamental del intercambio social¹.

Fueron los filósofos de la ilustración quienes identificaron la modernidad como un proceso de desencantamiento contra la organización religiosa del mundo y la aceptación de la secularización. El lento paso de un orden producido por un ser trascendental a un orden producido por los hombres. El mercado y la racionalidad pragmática del capitalista demandan a la política la función integradora que cumplía la religión.

Perdida la unidad que procuraban la religión y la metafísica, los distintos campos sociales se diferencian aceleradamente, cada cual desarrollándose de acuerdo con su lógica específica. Los filósofos de la Ilustración reconocían las racionalidades cognitiva–instrumental, moral–prácticas y estético–expresivas, como esferas diferenciadas. Pero el reconocimiento de tal diferenciación siempre iba acompañado de la búsqueda de algún principio de validez universal.

La modernidad era concebida como tensión entre diferenciación y unificación dentro de un proceso histórico que tiende a una armonía final. Hoy en día ha desaparecido el optimismo iluminista acerca de la convergencia de ciencia, moral y arte, para lograr el control de las fuerzas naturales, el progreso social y la felicidad de la humanidad. La reconciliación de lo bueno, lo verdadero y lo bello aparece como una ilusión de la modernidad. El desencantamiento con esa ilusión sería la posmodernidad: *la diferenciación* de las distintas racionalidades es vista como una *escisión* (Lechner, 1989).

Después de más de cinco siglos de ser establecida la modernidad, las promesas con las que surgió, o no han sido cumplidas o su cumplimiento ha traído resultados perversos. Casos como los de la democracia son dicientes.

Hoy en día la desigualdad entre los llamados países desarrollados y subdesarrollados es abismal. Los primeros poseen el 21 por ciento de la población mundial y controlan el setenta y ocho por ciento de bienes y servicios; los trabajadores de los sectores textil y energéticos del Tercer mundo ganan en una proporción veinte veces menor en comparación con los trabajadores de Europa y Norteamérica. La libertad también produce resultados lamentables: limpieza étnica y chauvinismo religioso, violencia policial, niños trabajadores en condiciones de esclavitud, la violencia sexual contra las mujeres y los niños, juicios a civiles por parte de jueces sin rostro. La paz es una ilusión. En el siglo XX murieron 99 millones de persona y después de la caída del *Muro de Berlín*, se incrementaron los conflictos entre los Estados y al interior de los mismos.

La promesa de la dominación de la naturaleza se llevo a cabo de manera perversa, al destruir a la naturaleza misma y producir crisis ecológica. En los últimos cincuenta años el mundo ha perdido una tercera parte de su reserva forestal. La sequía y la escasez de agua son los problemas que más afectan a los países del Tercer Mundo en la primera década del siglo XXI. Una quinta parte de la humanidad no podrá obtener agua potable.

Todo el proceso de incumplimiento se realizó con la confrontación de la sociedad capitalista y su organización política, el Estado liberal. En esta sociedad los poderes de los sujetos se basan en obtener un acceso suficiente a la tierra o a la acumulación de capital de trabajo, esto es en la capacidad para acceder a los medios de producción. Si los medios de producción se encuentran concentrados en unos pocos, aquel que no tenga acceso a ellos deberá pagar un precio para obtenerlos. Esta transferencia neta de poder, se convirtió en una fuente de conflicto (De Sousa Santos, 2004).

El contenido del Estado liberal, inferido por los detenedores de los medios de producción, lo transformó en *mercado político* de intereses particulares y lo separó de los ciudadanos y sus intereses generales. El Estado apareció, entonces, como un instrumento guiado por una racionalidad formal. La incompetencia para representar a la sociedad que hoy se le imputa a la política, en realidad corresponde a la irracionalidad de la sociedad moderna, producto de la voluntad política del capitalismo, y no de una voluntad general, mancomunada y consiente de sí misma.

¹ Para una comprensión amplia del concepto de modernidad, ver Melo (1992, p.137-168).

Desde el momento en que el paradigma de la modernidad converge y se reduce al desarrollo capitalista, las sociedades modernas pasan a vivir de la contradicción entre los principios de emancipación, los cuales continuaron apuntando hacia la igualdad y la integración social, y los principios de la regulación, que pasaron a regir los procesos de desigualdad y exclusión producidos por el propio desarrollo capitalista. A esta contradicción –y a las posibles soluciones teóricas que ambos principios ofrecen– se les designa con el nombre de postmodernidad.

La complejidad del problema radica en que se enfrentan diversos problemas modernos para los cuales no existen soluciones modernas. De acuerdo con una posición, que podría ser denominada *Postmodernidad de oposición*, se asume que existe una disyunción entre los problemas de la modernidad y las posibles soluciones de la Postmodernidad, la cual debe ser convertida en punto de partida para afrontar los desafíos del intento de construir una teoría crítica posmoderna (De Sousa Santos, 2004, p.32-33).

IV. LA RELACIÓN HISTORIA – POSTMODERNIDAD

Según Hegel, la historia universal se encamina de Oriente a Occidente. Asia es el comienzo, mientras Europa es la meta última en donde la trayectoria de la civilización humana resulta consumada. Para Hegel, el futuro que había sido forjado por una porción residual de la población europea. El pensamiento Hegeliano es la base de la concepción dominante que percibió el siglo XX como el siglo americano. La americanización, como una forma hegemónica de la globalización, es el tercer acto de una obra teatral milenaria de la supremacía de Occidente. El primer acto fueron las cruzadas y el segundo, los grandes descubrimientos geográficos y la consecuente expansión europea. Los Estados Unidos es la última versión de una Europa dominante.

Desde el postmodernismo celebratorio es difícil pensar en cualquier alternativa al régimen actual de las relaciones internacionales, el cual se ha convertido en el elemento central de lo que se ha denominado globalización hegemónica. Pero, a medida que la humanidad avanza en la historia, el tiempo de los hombres es menos tiempo social y tiempo vivido para transformarse en tiempo histórico.

Cada vez más, los hombres y las mujeres se ven compelidos, por su situación de trabajadores expoliados o desempleados, a comprometerse con acciones que tienen el objetivo de lograr cambios de su entorno social, con la

inequidad económica y/o con la discriminación étnica o cultural. En este sentido, el siglo XX fue un siglo corto, por el número de mudanzas y transformaciones radicales. Una parte de la humanidad rompió con el capitalismo e inauguró una etapa de polarización capitalismo/socialismo; posteriormente, una parte de esa parte resolvió volver al capitalismo. Lo que, en otras palabras significa que ni la *historia camina para el socialismo ni el fin de la historia desembocó en el capitalismo*. No hay teleología en la historia. En vez de caminar y conducir a los hombres en una determinada dirección, la historia es construida y reconstruida por la lucha concreta de los hombres, a partir de condiciones históricas que estos encuentran, es cierto, pero siempre en condiciones nuevas (Sader, 2004).

A fines del siglo XX e inicios del XXI, el derrumbe del *socialismo real* le permitió a la burguesía internacional producir la única teoría de la historia verdaderamente burguesa: la teoría del fin de la historia. La falta de credibilidad total de dicha teoría no interfiere en nada con el evento de ser en sí una ideología espontánea de los vencedores. El otro lado del fin de la historia es la banalización, la eternización del presente, el deseo de transformar el tiempo en una repetición del presente; el futuro como progreso, puede en realidad, significar una amenaza peligrosa.

Hasta ahora la burguesía no ha podido elaborar una teoría de la historia que siga exclusivamente sus propios intereses. Siempre ha luchado con poderoso adversarios, primero las clases dominantes del antiguo régimen y, después, las clases trabajadoras. El desenlace se encontraba siempre en el futuro, el cual por la misma razón, no podía ser visto como una mera repetición del pasado. Los nombres asignados a este movimiento orientado al futuro fueron diversos: revolución, progreso, evolución. La revolución puede ser burguesa o proletaria, y al no determinar con anticipación el desenlace de su lucha, puede observar el progreso como la consagración del capitalismo o su superación.

En estas condiciones, paradójicamente la conciencia más conservadora es la que intenta rescatar el pensamiento de progreso, pero sólo porque se resiste a aceptar que la victoria se haya consumado. Para lograrlo, construye enemigos tan poderosos como incomprensibles, una especie de *antiguo régimen*. Tal es el caso de Samuel Huntington y la amenaza que ve en las civilizaciones no occidentales, en especial la del Islam. Por otro lado, los vecinos, los trabajadores y los pueblos del Tercer Mundo

tampoco interesan para el futuro en cuanto progreso, toda vez que fue en su seno donde se generó su propia derrota (De Sousa Santos, 2004).

Siguiendo a de Sousa Santos, la historia tiene la tarea, en el tiempo presente, de pensar en la transformación social y la emancipación a partir de la reinención del pasado de cara al futuro. La historia se presenta, para los que lucha por una sociedad justa y democracia, más compleja y más rica. El socialismo debe ser reinventado, aliarse con el anticapitalismo, pensar y construir formas diversas de propiedad social paralelas a formas de hegemonía. El balance de sus primeras experiencias y formas de existencias ha de evaluarse para extraer enseñanza sobre su inicial incapacidad para lograr la negación y la superación del capitalismo.

¿Cuáles son los deberes del historiador para que la historia cumpla su cometido? Podemos nombrar siete, prestados de las reflexiones recientes del historiador y profesor español Joseph Fontana (2003).

Primero, de las herramientas de su oficio, investigar los grandes problemas de su tiempo para ayudar a otros, a entenderlos y para que entendiéndolos, nos pongamos entre todos a tratar de resolverlos.

Segundo, enseñar a pensar críticamente. A no aceptar sin crítica nada de lo que se pretende legitimar a partir del pasado, a no dejarse engañar por tópicos que apelan a los sentimientos para inducirnos a no usar la razón.

Tercero, el tiempo del fin de la Historia no es un tiempo feliz y comienzan a surgir rebeldes en París, en las principales ciudades de Estados Unidos y de Europa, que se sublevan con lo que intentan venderles como globalización. Estos nuevos rebeldes, igual que en mayo de 1968, actúan movidos por el rechazo moral, pero no tienen claro lo que quisieran poner en lugar del sistema que combaten. Necesitamos repensar el futuro entre todos para encontrar salida hacia delante, pero el futuro sólo se puede construir sobre la base de las experiencias humanas, esto es, sobre el pasado, y ahí el papel del historiador es absolutamente indispensable.

Cuarto, en la actualidad, el deber del historiador es implicarse en el mundo en que vive: *quien no sienta la alegría infinita de estar aquí en este mundo revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como el creador de una nueva vida, está incapacitado para escribir historia* (Moreno, 1967, p.29).

Quinto, ser ciudadanos. Citando a Marc Bloch, cuando se reprocha a sí mismo y a sus colegas historiadores por haberse quedado al margen de lo que estaba sucediendo en Francia después de la derrota de 1940: *no nos hemos atrevido a ser, en la plaza pública, la voz que clama en el desierto... hemos preferido recluirnos en la quietud temerosa de nuestros talleres...* De la mayor parte de nosotros se podrá decir que hemos sido buenos operarios. Pero ¿hemos sido también buenos ciudadanos?

Sexto, desenmascarar a partir del conocimiento del mapa de la evolución, la mentira de los signos indicadores que marcan una dirección única, y contribuir a hallar los otros caminos que conducen a otros y, tal vez mejores, destinos. Participar en la primera línea en la tarea de denunciar los engaños y reanimar la esperanza de que todavía, como dijo Tom Paine hace más de dos siglos. *Está en nuestras manos volver a empezar el mundo de nuevo.* De que no estamos en el *fin de la historia*, sino en el fin de una historia y que nos corresponde iniciar la construcción de otra nueva.

Y séptimo, armado de razones, debemos ayudar a limpiar de maleza la encrucijada en que nos encontramos para que se vean más claros los diversos caminos que se abren por delante, para que entre todoselijamos los mejores. El que yo quisiera encontrar, por mí parte, aunque admito que está es una elección personal que nace de exigencias éticas y no de presupuestos científicos, es el que nos lleve a una sociedad en donde haya, como dijo un gran historiador francés, la mayor igualdad posible dentro de la mayor libertad posible (Fontana, 2003)

V. HISTORIA Y UNIVERSIDAD

Y muerta ya la cultura de las esencias según la cual las cosas eran lo que eran, y por lo tanto, los hechos históricos fueron lo que fueron, y sustituida por la cultura del decisionismo – y la postmodernidad la presenta como una metafísica – en la que las cosas y los hechos son lo que se decide y se dice que son o han sido, contar, leer o enseñar historia sería ya asunto histórico, sino de interpretación de la historia en función de un interés externo, y al fin y al cabo subjetivo, porque nada objetivo tiene consistencia fija sino de la lectura que se haga de ello (Jiménez, 2001, p.12).

En la anterior cita se hace referencia a la *postmodernidad celebratoria*, en la cual la enseñanza y la lectura de la historia son comprendidas en dependencia del interés de cada sujeto y de su capacidad de lectura e interpretación del

profesor o lector en el momento de llevar a cabo la acción.

Sin embargo la disciplina histórica demanda al profesional de la historia –al historiador o al profesor de historia– el dominio de teorías, conceptos, métodos y técnicas, además de la construcción de un objeto de investigación o de problematización. Todas ellas adquieren significación en dependencia de la aceptación de los especialistas de la disciplina.

Para la postmodernidad crítica, la universidad es un espacio, por antonomasia, de encuentro de profesionales de la disciplina, preparados para dialogar y reflexionar con los estudiantes a partir de sus objetos de especialización en el contexto social en el cual viven y en cual la realidad no se reduce a los que existe. Más allá de lo empíricamente dado, existen posibilidades de existencia, alternativas capaces de superar aquello que resulta criticable en cualquier estado de cosas. La indignación e inconformidad deberían bastar para no sólo cuestionar críticamente la naturaleza y la condición moral de nuestra sociedad, sino también para emprender una búsqueda de alternativas de respuesta, teóricamente sustentadas a las problemáticas no resueltas por la modernidad.

Se entiende a la universidad como el espacio de reflexión, argumentación y contra argumentación de la teoría crítica, contra todas aquellas teorías y disciplinas que hoy campean en su seno, que aceptan que su rigor metodológico y su utilidad social deben concentrarse en el análisis de lo que existe y no en el diseño de alternativas frente a la realidad existente (De Sousa Santos, 2004).

Para ésta universidad, ¿cuál es su papel frente a los adolescentes y jóvenes que vienen a ella en busca de formación académica? y ¿cómo a través de la historia se contribuye a la formación de los estudiantes?

El actual debate de los historiadores acerca de si la historia es una materia de investigación o de narración, no parece encontrar respuesta en la ubicación de uno de los extremos: si era esté saber riguroso, metódico o por el contrario, era un quehacer literario, imaginativo; se rendía tributo a la verdad o sí solo perseguía el efecto estético.

La historia es una disciplina de conocimiento en el sentido que está sometida a reglas, a principios metódicos, de contención que ahorman a sus ofiçantes, a convenciones que hacen posible su realización y su comunicación. Pero es también un arte, una manera de hablar de lo universal tratando lo local, una manera de buscar en el individuo lo que son dilema y preguntas

universales: la historia es, en efecto, un modo especial y contenido, disciplinado y expresivo, de tratar un asunto particular, de organizar los motivos de una trama para llegar mejor a un auditorio, de transmitir un efecto pedagógico o moral, de conmocionar. No es que la historia sea ciencia o narración, saber o literatura; es que hoy las ciencias –la física o la matemática por ejemplo– son uno de los modos más eximios de hacer poesía, de convertir su objeto de conocimiento en materia intransitiva (Serna, 2001).

Un buen profesor guía a los estudiantes, mediante la lectura de obras histórica, hacia los personajes y acontecimientos históricos, para transformarlos en objeto de reflexión, sobre las acciones por las que optaron, los errores en los que incurrieron, las consecuencias de sus actos, las motivaciones y las informaciones con las que optaron sus decisiones. Este profesor se esfuerza por ser lector y ganar lectores en voz alta en la clase, lo mismo que exégeta, contagiará entusiasmo, ejemplo, persuasión. Se sabe referente de conducta y ejemplo, podrá reconstruir con la narración un período de la historia local, nacional o internacional.

En la universidad, el historiador pedagogo se esfuerza por crear las condiciones para el desarrollo de la capacidad de los estudiantes de pensar de manera autónomo, o sea, de uno de los componentes esenciales de la cultura humana. La comprensión y el análisis de los hechos se llevan a cabo de acuerdo con cada personalidad, es una característica cualitativa. Esto como primer paso, luego, preparando las condiciones para que el joven

...intente resolver autónomamente problemas que exigen la intervención del pensamiento, en el sentido más propio y preciso del término, la "fuerza del juicio", la capacidad de incluir un caso dado en normas ya aprendidas, o, cuando esto no sea privilegio de las matemáticas. Todo conocimiento humano no es nada distinto que el interrumpido proceso de planteamiento y resolución de cada vez nuevos problemas, cuestiones, tareas y dificultades. Y es evidente que solo lograrán comprender las fórmulas y tesis científicas, aquellos que las consideran no como simple proposiciones a aprender de memoria, sino, ante todo, como respuestas encontradas con mucho esfuerzo, a determinados interrogantes, a preguntas que surgen naturalmente del fondo de la existencia, y que perentoriamente exigen respuestas (Ilienkov, 2006, p.20).

VI. REFERENCIAS

Acevedo, Á. (2003). Las encrucijadas de Clío. Escuelas y tendencias recientes

- de investigación en la historiografía. *Historia y Espacio*, 21, Art.5.
Recuperado de
<http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/10893/950/1/No%2021%2c%20Articulo5.pdf>
- Aurrell, J. (2005). *La escritura de la memoria, de los positivismos a los postmodernismos*. Valencia, España: Politécnica Universidad de Valencia
- De Sousa Santos, B. (2004). *La caída del Ángelus Novus*. Bogotá, Colombia: ILSA / Universidad Nacional
- Fazio, H. (2004). La historia: ¿ilustrada o renacentista? *Historia Crítica*, 27, 11-18
- Fontana, J. (2003). ¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis? Bogotá, Colombia: Pensamiento Crítico
- Ilienkov, E. (2006). La escuela debe enseñar a pensar. A. Paredes (Trad.). *Sociedad*, 8, 11-48
- Jiménez, J. (2001). El ángel de la historia. *Archipiélago*, 47, 11-14
- Le Goff, J. (1995). *Pensar la historia*, Barcelona, España: Altaya
- Lechner, N. (1989). Democracia y modernidad. Ese desencanto llamado posmoderno. *Foro*, 10, 35-45
- Macry, P. (1997). *La sociedad contemporánea*. Barcelona, España: Ariel
- Melo, J. (1992). Algunas consideraciones globales sobre "modernidad" y "modernización". En *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia* (pp. 137-168), Bogotá, Colombia: Fundación Guberek
- Mitre, E. (1997). *Historia y pensamiento histórico*. Madrid, España: Cátedra
- Moreno, M. (1983). *La historia como arma y otros estudios de esclavos, ingenios y plantaciones*. Barcelona, España: Crítica
- Perez de Ledezma, M. (2001). Ese artículo de lujo seriamente odioso. *Archipiélago*, 47, 15-19
- Sader, E. (2004). *La Venganza de la historia*. Buenos Aires, Argentina: Clacso
- Serna, J. (2001). El historiador como educador. *Archipiélago*, 47, 21-30
- Silva, R. (2003). La servidumbre de las fuentes. En A. Maya & D. Bonnet [Comp.], *Balance y desafío de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI*, Bogotá, Colombia: Universidad de Los Andes
- Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México D.F., México: Siglo XXI

VII. CURRÍCULO

Ildebrando Arévalo Osorio. Historiador, Máster en Historia de la Universidad del Valle, profesor de dedicación exclusiva de la Universidad Santiago de Cali.